

OLIENDO A SAL

Un puerto no es un lugar ni un no lugar. Es algo más. Es un ser vivo que se reencarna en sus habitantes, siglo tras siglo, y respira a través de ellos. Un puerto es un territorio, por supuesto, siempre el mismo, eterno, privilegiado; pocos lugares hay que siempre permanezcan como ellos, acumulando capas de historia, una encima de otra. También es, en cierta medida, un no lugar, en el sentido que mucha gente pasa por él sin intención de quedarse, sin hacerlo propio. Pero los puertos están llenos de vida, no son un aeropuerto ni un centro comercial, las expresiones de las gentes que los habitan son radicalmente diferente, puedes percibir el viento de la historia en sus caras... No hay como asomarse a uno para compartirlo. Los puertos son las puertas de la historia, por ellos empieza y acaba todo: viajeros perseguidos, victoriosos, soñadores, ambiciosos, perdedores... todos fluyeron por él, todos comenzaron y terminaron su viaje ahí, como este trabajo.

Juan Manuel Díaz Burgos nació en la calle del Ángel, “oliendo a sal”, me cuenta. Vivir junto al mar es un privilegio al que el autor no ha querido renunciar jamás. Su Cartagena natal es su vida y su puerto el eje de la misma. Oler a sal cada mañana es un placer que, a los que habitamos el secano, nos cuesta añorar pero que al autor le resulta tan esencial como respirar. Un puerto que nunca ha sido el mismo, me dice, aunque, como los ríos, siempre haya permanecido en idéntico lugar. Un puerto que ha sido habitado y navegado desde hace miles de años por tartesios, fenicios, griegos y romanos y que tuvo la generosidad de colmarlos a todos con aquello que esperaban. Ese es el secreto de los puertos, la prosperidad. Cartagena se lo debe todo a él. Siglos de historia lo han ido conformando, hasta llegar a ser lo que es hoy, aunque nunca sabremos lo que todavía le queda por ser. Un puerto que en el s. XVIII se convirtió en Departamento Marítimo del Mediterráneo, se fortificó y alejó a los habitantes de la ciudad del placer de acercarse a sus muelles, pero al que una acertada remodelación ha devuelto a la ciudadanía, abriendo sus puertas no sólo a los cartageneros sino también a los enormes barcos de cruceros, que lo han convertido en una escala imprescindible en el Mediterráneo; a los turistas, que desde tierra se acercan con curiosidad a respirar esa historia contenida en lo incontenible, o a las parejas de enamorados, que por fin han recuperado el mejor lugar posible para hacerse promesas mutuas. Un puerto diferente, que no es con el que creció Juan Manuel, pero que hoy está más vivo que nunca.

Díaz Burgos rinde un homenaje con este trabajo a su querida ciudad, esa que lo ha visto nacer, trabajar, enamorarse y hasta ser abuelo. “Se lo debía”, me cuenta, y por eso ha esperado a su jubilación para tener todo el tiempo del mundo, para hacerlo con toda la sabiduría acumulada, después de tantas y tantas fotografías hechas. Dos años de trabajo, miles de imágenes capturadas, cientos de horas de edición y conversaciones en torno a las mismas... Mucho trabajo hecho con mucho amor a su Cartagena natal, esa en la que, desafiando al refrán, se ha empeñado en ser profeta.

Día tras día, protegido con su capa de la invisibilidad, Juan Manuel ha recorrido

palmo a palmo cada trozo de tierra que abraza a este gran puerto, desde la Algameca a Escombreras, desde las colinas de las fortificaciones a los chiringuitos de las playas, y se ha fundido con las gentes que por él transitan, con las que están de paso y con las que trabajan en él, con las que compiten en sus aguas y con las que celebran sus fiestas a su orilla, con las que reciben a sus seres queridos y con las que sueñan si esos seres queridos fueran los suyos... en esos inmensos barcos de pasajeros que se perfilan en el horizonte como una provocación a la austeridad de las naves militares que, a pesar de llevar allí mucho más tiempo, han tenido que aprender a compartir ese tesoro que es un puerto natural como el de Cartagena.

Sobre la mirada de Díaz Burgos podemos decir que ha inaugurado un nuevo subgénero fotográfico, la “fotografía portuaria”, una variante de la *streetphoto*, esa que se hace a pie de calle, en este caso, de puerto, y que busca recuperar la esencia del medio, la que lo vinculaba a la veracidad y lo documental (este trabajo tiene un valor enorme en este sentido), pero introduciendo en ella el sentido del humor ácido, tan característico de esta tierra, que nos aleja del homenaje sentimental y melancólico que cabría esperar para acercarnos a un discurso mucho más contemporáneo y crítico, en el cual cada instantánea nos invita a mirar de otra manera esa realidad tan próxima que somos nosotros mismos. Imágenes que huelen a sal y que te incitan a pasear dentro de ellas, a sentarte al borde de las mismas, a querer escuchar las voces, el viento, las sirenas, los motores, las gaviotas (siempre las gaviotas en los puertos); a tener ganas de tocar con los pies esas aguas oscuras, profundas, con tanta historia; a imaginar quién pisó esas piedras de puerto eterno antes que tú...

Mónica Lozano

Texto escrito en febrero de 2015 para el libro Puerto eterno, de J.M. Díaz Burgos.